



**Sin miedo a ser malinterpretado. Carlos Pardo (Madrid, 1975) tiene esa virtud tan escasa entre los escritores. Ahora, publica 'Lejos de Kakania'. SERGIO ENRÍQUEZ-NISTAL**

## CARLOS PARDO

### Una verdadera juerga literaria


El poeta publica 'Lejos de Kakania', una novela ambiciosa que va de la erudición a la vulgaridad calculada, de la ternura a la malicia. El libro se eleva con poemas narrativos

POR JUAN MARQUÉS

entretenidísima, una verdadera juerga literaria con algunos socavones, pero también puede caer en manos de lectores que la consideren, al contrario, un libro desconcertante con muchos momentos geniales. No estoy seguro de que esta novela pudiera superar tan airoosamente esa prueba del lector griego de la que hablaba arriba: hay fragmentos que sólo pueden funcionar de verdad si se sabe quién es Reche o Neuman o Villena (quien, por cierto, dedica palabras feas a Pardo en su recién impreso *Las caídas de Alejandría*: es curioso que esos mandobles cruzados coincidan en la mesa de novedades), pero a cambio hay tantas digresiones magníficas, tantas bromas buenas y diálogos tan divertidos que no creo que nadie pueda abandonar la lectura, donde algo quiere decir que reflexiones metaliterarias sublimes convivan con chistes de pedos.

De la erudición a una vulgaridad calculada, de la ternura a la malicia (bien entendido que la primera víctima de su mordacidad es él mismo, aunque cuando se autoflagela o retrata su pobreza doméstica hay mucho

más cuquismo que autocompasión), Pardo autorretrata su admiración rendida hacia Virgilio (Takarito es un anagrama de Raktar, pero en diminutivo), cuya cercanía y ejemplo necesita y cuyos frecuentes ensimismamientos vive casi como una afrenta: Carlos es nervioso y locuaz, necesita interlocutores, y Virgilio es introvertido, reservado, menos constante en la comunicación.

Leí las 300 primeras páginas impaciente por llegar a la parte escrita en verso, pues intuía que allí la novela iba a elevarse, y así es. Poemas rotundamente narrativos completan una narración muy poética, y el uso del verso inyecta automáticamente trascendencia a un Grand Tour paródico que, por mucho que huya de lo solemne o se emparente con el esperpento, no deja de ser algo importante para cada uno de los amigos, y también para su relación. El significado de una experiencia es algo que se construye a posteriori, retrospectivamente, y Pardo va intentando, libro a libro, dotar de sentido a su juventud. Su trilogía es una bomba, y también un carnaval. Para completar el juego que propone, habría que leerle con un antifaz. 

**NA RRA TIVA** Se diría que los poetas, más que leernos mutuamente, nos vigilamos, y en ese sentido hay pocos autores más acechados que Carlos Pardo en la literatura española de hoy. Él siempre va tres o cuatro metros por delante de los demás, y cuando quienes tratan de alcanzarle se acercan un poco, él ya está en algo muy diferente. Intentar ser un epígono de Pardo es un mal destino, porque tanto en lecturas como en recursos de todo tipo, siempre está por encima, e incluso cuando patina, como en su tercer libro de poemas, *Echado a perder*, lo hace con una gracia, un poder de seducción, un descaro y una superioridad tan arrolladora que impide cualquier reparo. O tal vez sea que no nos atrevemos.

Ocurría también cuando era librero: a menudo recomendaba del modo más convincente y apasionado libros que, cuando después le agradecías sinceramente que te los hubiera descubrier-

to, ya le parecían desdeñables. Creo que lo hacía en serio, no había nada planeado ni jugueteo, era que realmente él ya se había ido de allí y andaba fascinado con otros autores, o persuadido de que había que dar otro giro ideológico a la literatura. Y ahora me veo en el apuro, además, de escribir una reseña sobre el autor de reseñas más ocurrente y agudo de la prensa nacional.

Carlos Pardo parece no tener ningún miedo a ser malinterpretado, y ésa es una virtud literaria rarísima y descomunal. Lo demostró definitivamente al publicar en 2011 su primera novela, *Vida de Pablo*, donde llevaba los juegos de la impostura al paroxismo, apuntándose a un nuevo paradigma de la au-

toficción que por otro lado él, de algún modo, dinamitaba. Aquella novela es mejor de lo que probablemente él mismo pensó, pero creo que conocer a los personajes distrajo a muchos lectores de sus virtudes, y yo defendí por entonces la necesidad de ponerse en la piel de, qué

sé yo, un lector griego para enfrentarse a la novela con la inocencia intacta, listos para dejarse sorprender con buena literatura, no con anécdotas o visiones supuestamente deformadas de sus años cordobeses. También fue una novela de educación *El viaje a pie de Johann Sebastian*, de 2014, más compleja pero también algo más confusa, en la que se atrevía con la disección de la familia, lo cual llevaba a cabo con el mismo talento de siempre y el mismo desparpajo moral, tanto hacia él (hay algo esencialmente equivocado en pensar tan obsesivamente sobre uno mismo) como hacia los otros (no se entiende bien que la honestidad literaria pase tan a menudo por comprometer la privacidad de los demás).

Y ahora ese peligro de caer en lo excesivamente personal reaparece en *Lejos de Kakania*, aún más extensa y ambiciosa, y también arriesgada y exigente desde su mismo título. Para Pardo la ironía es todo un credo, la sangre de su escritura, y ahora la invierte en la crónica de los altibajos de su amistad con el poeta Virgilio López. La novela es vivaz y

**LEJOS DE KAKANIA**  
CARLOS PARDO  
496 pág. Periférica.  
22,90 euros